

15 céntimos el número



Año II.

Barcelona 12 Agosto de 1893

Núm. 63

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.ª, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



MARIANO FERNÁNDEZ

## SUMARIO

**Texto.** — Crónica, por B. — SILUETAS MODERNAS: Mariano Fernández, por EDUARDO ZAMORA CABALLERO. — ¡Siempre igual!! (poesía), por J. FEDERICO MUNTADAS. — VIAJE Á LAS BALEARES: Mallorca (continuación), por M. GASTÓN VUILLIER, traducido del francés por C. V. DE V. — A orillas del precipicio (continuación), por C. SUÁREZ BRAVO. — Mesa revuelta. — Recreos instructivos, por JULIÁN.

**Grabados.** — Mariano Fernández, retrato por J. DIÉGUEZ. — VIAJE Á LAS BALEARES: Baños árabes. — Patio de casa Olesa. — Claustro de San Francisco. — Los olivos monstruos.



## Crónica

LA cuestión entre Francia y el reino de Siam ha preocupado á los políticos europeos. Inglaterra que, según hemos dicho repetidas veces, se halla ojo avizor en todo cuanto toca á los asuntos internacionales y más á los coloniales, se puso arma al brazo, como suele decirse, así que tuvo noticia de los pasos dados por los franceses en Bangkok. Hubo quien llegó á entrever la posibilidad de una guerra anglo-francesa, mas las personas de frío juicio notaron en seguida que la nebulosa Albión no tiene ahora deseos de meterse en una guerra que habría de ser costosísima en hombres y en dinero. Acudió, pues, á las reclamaciones diplomáticas, para lo cual su embajador en París, lord Dufferin, que se hallaba en uso de licencia, se trasladó á aquella capital. El gobierno francés, empero, llevó adelante su plan con mucha energía por parte de M. Develle, ministro de Negocios extranjeros, y en vista de que Siam no admitió íntegramente el ultimátum que le envió, acordó en seguida el bloqueo del río Mekong y de las costas de Siam, lo cual se llevó á cumplimiento sin dilaciones. Este bloqueo es de gran trascendencia para el comercio de algunas naciones europeas, en particular para Inglaterra y para los puertos de Singapur y Hong-Kong. Que el comercio inglés es el más interesado en el presente conflicto, lo proclaman algunos datos estadísticos. Ascende el negocio que Inglaterra hace con Siam á dos millones quinientas mil libras esterlinas al año, cuando el de Francia no excede de ocho mil libras. Al propio tiempo la Gran Bretaña tiene en aquellos países más de trece mil súbditos, mientras no exceden de doscientos cincuenta los franceses establecidos en Siam. Posteriormente Siam amainó velas cediendo al ultimátum francés. De todo ello resultará á la postre, que Siam pierda una parte de su territorio y que los franceses lo adquieran en aquel lado del Asia, que es lo que deseaban.

\* \* \*

Se han cerrado las Cámaras francesas y el día 20 de Agosto ha de procederse á elecciones generales en la nación vecina. El elogio fúnebre que ha hecho de las difuntas Cámaras la generalidad de la prensa en Francia no puede ser más triste. «Es inseparable del relato de los entierros notables,—dice un periódico de París,—la coletilla de siempre, ó sea que el coche mortuario desaparecía bajo las flores que lo cubrían. No es este el caso de la difunta

Cámara: nada de flores, sino ortigas, espinas, una serie de variadas injurias que van de Cámara imbécil á Cámara infame.» «No ha hecho más que una cosa,—prosigue el aludido periódico,—aquella para la cual en el fondo se la había nombrado, el aumento de las tarifas aduaneras. Fuera de esta obra incontestable, nada queda en el activo de la Cámara, nada más que tres años de pataleo y el recuerdo del inaudito azoramiento que la sobrecogió cuando el viento de Panamá hubo soplado sobre ella; cuando la imprevisión de M. Ricard, y sin duda de M. Carnot, motivó la instrucción de diligencias criminales, de las que debían ser las víctimas los ministros que refrendaban el decreto y cuya irregularidad ha probado el Tribunal de Casación.» ¿Qué arrojarán las urnas en las próximas elecciones? Muy de temer es que el sufragio universal dote otra vez á Francia de una Cámara muy parecida á la que acaba de desaparecer.

\* \* \*

Temíase en Inglaterra que estallase una huelga en la industria carbonífera que tendría consecuencias más deplorables aún de las que siempre resultan de tales conflictos. Los precios del carbón habían aumentado ya considerablemente, originando esta crisis el anuncio de que los propietarios de minas de carbón de piedra intentaban reducir desde el 28 de Julio de un 18 por 100 cuando menos los salarios de sus trabajadores. Este designio lo manifestaron á todos los operarios de la Federación de los mineros de la Gran Bretaña, que abarca numerosos condados y en conjunto unos 250,000 individuos. La contestación ha sido en todas partes que no se admitía reducción alguna, haciendo sólo liga aparte los mineros del Northumberland y del Durham. Esperábase que habría medio de conjurar esta huelga gigantesca que causaría grandes padecimientos á medio millón de obreros y que perjudicaría, además, en gran manera á todos los consumidores de carbón.

\* \* \*

El rey don Carlos de Portugal y el ayudante que le acompañaba, llevaron á cabo hace pocos días un acto de valor. Pasaba S. M. en carruaje á las once de la noche por las inmediaciones del palacio de Cintra, cuando oyó voces de «¡Socorro, acudid que matan á un hombre!» Reinaba la mayor oscuridad, lo cual no fué obstáculo á que el rey saltase de su carruaje y se dirigiera resueltamente al sitio en donde sonaban las voces. Allí encontró á dos hombres corpulentos que luchaban desesperadamente. Uno de ellos estaba ya gravemente herido, y el otro, de malísima catadura, hizo frente á don Carlos y á su ayudante. Asestóle el monarca un fuerte palo que le obligó á ceder, mas reponiendo aquel individuo, se echó sobre el ayudante, renovándose entonces una lucha brazo á brazo en la que el rey de Portugal dió relevantes pruebas de valor y de serenidad, á la vez que de fuerza muscular. Al fin logró sujetar al criminal en el momento en que llegaba la policía. El rey socorrió generosamente al herido.

\* \* \*

Han hablado los periódicos del fallecimiento en la travesía de Argelia á España del niño Rafael Palop, que formaba parte de una compañía infantil, pero después de algunas exclamaciones sobre esta muerte ocasionada por las fatigas que debía soportar el pobre niño, nadie ha vuelto á acordarse del asunto. Y, sin embargo, urge que se adicione la ley de protección á los niños, de manera que

vengan comprendidos en ella los espectáculos dramáticos y líricos. Espanta considerar la vida que se impone á criaturas de cuatro á seis años, sujetándolas á un trabajo ímprobo que no podrían aguantar hombres robustos, familiarizándolas con ejemplos á propósito para pervertir su inteligencia y su corazón, enseñándoseles el vicio en su forma más repugnante; en una palabra, destruyendo su cuerpo y matando su alma. Esto sucede con las llamadas compañías infantiles, con las cuales debería acabar el público dejando de concurrir á sus espectáculos; es decir, poniendo á los empresarios en el caso de no poder sacar negocio de ellos. Crean nuestros lectores que son mayores los daños que en la infancia producen tales compañías que los que pueden seguirse á los niños de trabajar en funciones acrobáticas y de ocuparse en los talleres. Importa, por lo tanto, que el Ministerio y las Cortes llenen el vacío que se nota en la ley mencionada, petición que una parte de la prensa española ha formulado repetidas veces.

\* \* \*

Ha terminado en Zaragoza la demolición de la Torre Nueva. La famosa campana que en ella había y que anunció durante el sitio de los franceses las descargas de los morteros dirigidas contra la ciudad, fué trasladada desde la plaza de San Felipe á la Lonja de la Casa Consistorial. La altura de la campana llegaba hasta los primeros pisos de las casas. Este ha sido el último acto de un episodio tristísimo en la historia del arte español. Por fútiles pretextos se ha hecho desaparecer un monumento soberbio del arte mudéjar que nos envidiaban los extranjeros.

\* \* \*

Uno de los artistas más aplaudidos del teatro castellano, el último que sostiene aún la tradición del drama y de la alta comedia, Antonio Vico, va á emprender una excursión por los Estados de la América española. En aquellos países estuvo hace algunos años el malogrado Rafael Calvo, que cosechó muchos aplausos y no escaso provecho. Vico de seguro será recibido con igual cariño, y como indudablemente posee dotes de actor de primer orden, en las mejores producciones de su repertorio conseguirá también entusiasmar á los americanos, aun cuando en la dicción de este artista no haya el fuego que tenía la de Calvo, y que arrastraba en seguida las voluntades de los auditorios meridionales. El haber aceptado Vico la contrata para América, es indicio triste del estado de decadencia en que se encuentra el teatro castellano.

B.

## Siluetas modernas

MARIANO FERNÁNDEZ



**N**os quejamos muchas veces de la fortuna y la echamos culpas que no tiene. El militar postergado, el abogado sin pleitos, el médico sin enfermos, el escritor sin lectores, el artista sin público; en una palabra, todos los que no encuentran en su profesión la recompensa que desean, se quejan de su suerte y declaran que la carrera es mala, sin meterse en más ave-

riguaciones. Ninguno piensa en si tiene ó no la aptitud necesaria para seguir con fruto la senda que ha emprendido.

Cuando un padre, sin estudiar el carácter, ni las inclinaciones, ni la índole del talento de su hijo, dice que será ingeniero ó abogado, militar ó cura, dice un disparate, porque el muchacho podrá conseguir, quizás con mucho trabajo, el título que le autorice para firmar planos, defender pleitos, mandar soldados ó decir misa, pero si no tiene disposición, y sobre todo amor al oficio, como dice la Ordenanza, no logrará distinguirse, y será milagro que consiga grandes adelantos. Lo probable es que toda su vida la pase confundido en el montón anónimo.

El talento no es tan universal como algunos piensan. Si los padres de Verdi se hubiesen empeñado en hacerle comerciante, lo probable es que no pasara nunca de regentar una tienda de comestibles y aun habría muchas probabilidades de que hubiera quebrado; y Rothschild metido á músico andaría á estas horas rascando un violín en alguna murga. Por fortuna los dos se encontraron en situación de utilizar sus aptitudes, y gracias á eso el mundo ha tenido un eminente compositor y un gran financiero.

Mariano Fernández tuvo la suerte de abrazar una profesión para la que había nacido; y aun dentro de ella cultivó la especialidad más propia de sus aptitudes.

Su figura, su voz, su modo de ser, su manera de sentir, todo parecía hecho de encargo para el teatro y especialmente para el género cómico.

Nació en humilde cuna, creo que fué aprendiz de sastre, pero su afición á representar comedias le hizo abandonar el dedal y la aguja é ingresar en el Conservatorio de María Cristina, donde perfeccionó su educación y aprendió los rudimentos del arte que debía cultivar con honra y provecho.

Como la posición de su familia era precaria, dejó las cátedras en cuanto pudo, y aceptó el primer contrato que le ofrecieron. No sería éste demasiado brillante, porque en aquellos tiempos los sueldos de los cómicos no eran, ni con mucho, tan subidos como ahora, y es de presumir que el principiante ganaría, todo lo más, veinte ó treinta reales diarios, lo cual, dada la obligación de vestirse á su costa, equivalía á tener lo absolutamente indispensable para no morirse de hambre. No era esta gran dificultad para Mariano, el cual tenía una cualidad que para sí la quisieran muchos ministros de Hacienda, la de ser un gran administrador. Sabía manejar el dinero, de suerte que con poco hacía más que otros con mucho. A esto debió sin duda la fama de tacaño que tuvo siempre. La verdad es que era hombre económico, vivía modestamente, no tenía vicios, y así no es extraño que en los comienzos de su carrera le bastara un pequeño sueldo para cubrir sus necesidades, y cuando ya fué ganando algo más viviese con holgura é hiciese algunos ahorros. Tenía mucha afición á jugar á la lotería, y se comprende, porque amén de los premios pequeños, que sacaba con gran frecuencia, obtuvo dos ó tres veces importantes participaciones en los mayores, lo cual le permitió hacerse propietario de una ó dos casas en Madrid, y comprar un lindo hotel en Pozuelo, donde se retiraba á descansar durante el verano, en los últimos años de su vida. Sus aumentos de fortuna no se tradujeron en aumentos de lujo ni de comodidades. Claro es que viviría más holgadamente cuanto más tuviera, pero ni en su traje, ni en sus costumbres, ni en su habitación, se le vió pasar nunca de una decorosa medianía. Sólo después de muertos sus hijos y cuando ya era

relativamente rico, sin tener herederos directos, se permitió poner un coche y comprar un caballo de montar, al que renunció, después de haber llevado algún porrazo.

Hizo su reputación muy rápidamente, y á los pocos años de haber pisado por primera vez la escena formaba en cierto modo parte integrante del Teatro del Príncipe. Solía decir el popular actor que estaba incluido en el inventario del edificio, y aunque esto no fuera exacto al pie de la letra, puede decirse que era verdad en el fondo. Mariano tenía obligación de aceptar el contrato que le ofreciera el empresario del local citado, siempre que el sueldo fuese igual al que hubiese ganado en la temporada anterior, idénticas las condiciones artísticas y suficiente la garantía de cumplimiento que se le diera. No vayan á creer mis lectores que se trata de aquel derecho, que desapareció con el absolutismo, según el cual el corregidor de Madrid podía embargar á los cómicos españoles para hacerles trabajar en la capital y en los Sitios Reales. Nada de eso; hoy los artistas dramáticos son unos ciudadanos como todos los otros y pueden hacer lo que tengan por conveniente, dentro de las leyes. Pero es el caso que el Ayuntamiento de la villa del oso y del madroño tenía establecidas unas jubilaciones para los actores que trabajaban cierto número de años en el teatro del Príncipe, propiedad del Municipio. Mariano Fernández era uno de los que alcanzaron aquel beneficio, y este derecho se perdía, si el que lo disfrutaba rechazaba un contrato en las condiciones que antes he indicado. Hoy creo que no quedan más que dos artistas jubilables, doña Josefa Palma y doña Teodora Lamadrid.

Mariano por nada del mundo hubiera dejado perder este derecho, á pesar que no creo que nunca entrara en sus cálculos utilizarlo; porque ni en hipótesis admitía la posibilidad de dejar de trabajar. Consideraba su derecho á la jubilación como un título de gloria, del cual, con razón, se envanecía.

Y ciertamente, desde hace muchos años, no se concebía el Teatro Español sin él. Cada vez que variaba la empresa del clásico coliseo, había, como es natural, dudas acerca de la formación de compañía, y en los círculos teatrales se hacían conjeturas acerca de los nombres del galán, de la dama, del barba, de la característica... del gracioso no hablaba nadie. Ese puesto lo ocupaba Mariano por derecho propio. Si alguna vez hubiese sospechado que sobre este punto había siquiera la más ligera duda, hubiera tenido mortal disgusto.

No creo que jamás la tuviera ningún empresario; porque este actor daba con creces lo que ganaba.

Por otra parte no era exigente ni mimoso, como lo son muchos, que tienen menos motivos que él para serlo.

No creo que nunca hubiera rechazado un papel. Todos le parecían buenos y realmente de todos sabía sacar partido. La única ofensa que le podía hacer un autor era prescindir de él en el reparto de su obra.

Tampoco recomendaba á nadie para que se le contratase, y los empresarios que me lean, saben que esta es una cualidad inapreciable.

No tenía más que dos exigencias: la de que su beneficio fuera precisamente en el mes de Diciembre y cobrar aparte las funciones de por la tarde.

La primera era muy propia de un perro viejo en materias teatrales.

Él sabía que los empresarios rara vez quebraban antes de las Pascuas de Navidad.

Cuando aún no se había reducido el número de los

días festivos, éstos no bajaban de siete ú ocho, desde el 24 de Diciembre al 6 de Enero, y como en todos ellos se daban funciones por tarde y noche, y había entonces mucha costumbre de ir al teatro en esa época, aquello significaba diez y seis llenos, lo cual bastaba para reponer á la empresa de muchas pérdidas.

El que esto escribe recuerda haber pedido una vez á Romea, en los últimos días de Noviembre, que le reservase un palco para la función de Nochebuena, recibiendo esta respuesta:

—¡Caramba! ¿A qué hora se acuerda usted? En fin... Haré que les quiten uno á los revendedores.

Cumplió su palabra, pero es seguro que le costó un sacrificio, que no hubiera hecho sino por un amigo.

En aquellos días todos los teatros aumentaban el aliciente, estrenando comedias, una por la tarde y otra por la noche. Estas obras, que eran siempre de los autores favoritos, se llamaban en la jerga de bastidores, *el pavo*, porque como las entradas eran grandes, producían á sus autores derechos relativamente crecidos.

Todas estas circunstancias contribuían á asegurar la vida de las empresas teatrales hasta Reyes. Después de esta fecha empezaba lo que llaman los cómicos *la cuesta de Enero*, y los empresarios menos afortunados ó menos escrupulosos sucumbían muchas veces en este período temible de la temporada.

Esto explica por qué exigía Mariano que su beneficio fuera en el mes de Diciembre.

En cuanto al pago de las funciones que se daban por las tardes, era una exigencia muy justificada.

Estas funciones constituyen uno de los ingresos más saneados de las empresas; porque como la compañía no cobra sueldo extraordinario, ni las dependencias tampoco, todo el presupuesto de gastos se reduce al alumbrado y á los derechos de autor.

Como Mariano era el más popular de nuestros actores, su solo nombre puesto en el cartel bastaba para llenar el teatro, y él, con razón, creía tener derecho á percibir una pequeña parte de los beneficios.

El pago de ese sueldo extraordinario debía hacerse precisamente los domingos antes de comenzar la función.

Cuando conocí á Fernández en la temporada de 1860, era empresario y director del teatro don Pedro Delgado, con quien yo tenía mucha amistad y más de una vez nos entretuvimos dándole una ligera broma.

Entrábamos en su cuarto poco antes de la hora de empezar; Delgado había prevenido al contador que retrasase algunos minutos el llevarle el dinero; Mariano se iba vistiendo con mucha calma.

—Ya es tarde, solía decir Delgado mirando el reloj.

—No, va usted adelantado, respondía Fernández sacando el suyo, y volvía á ponerse delante del espejo para ensayar la postura del sombrero ó retocar la pintura del rostro.

—¿Podemos empezar, don Mariano? preguntaba el segundo apunte desde la puerta, donde aparecía con el ejemplar y la indispensable palmatoria en la mano.

—Todavía no; estoy acabando de arreglarme.

—Pasaban dos ó tres minutos. Se oían en la sala algunas palmadas. El segundo apunte volvía á presentarse.

—Don Mariano, que el público se impacienta.

—Bien, bien... Dígale usted al peluquero que venga á peinarme esta peluca.

Por fin, llegaba el contador, le entregaba su dinero, Mariano se lo guardaba en el bolsillo é inmediatamente salía del cuarto gritando:

—Arriba el telón.

Y dos minutos después el público regocijado de las tardes saludaba con nutridos aplausos y sonoras cargadas á su actor favorito.

Si fuera posible reunir el dinero que Mariano Fernández ha proporcionado á las empresas, representando por las tardes *El diablo predicador* y *Los polvos de la madre Celestina*, se formaría un capital de algunos millones.

Era un trabajador infatigable.

Como sólo por rara casualidad dejaba de trabajar alguna noche, si no en la comedia, por lo menos en el fin de fiesta, solía quejarse y decir que los empresarios abusaban de él; pero los que le conocíamos á fondo sabíamos que sus quejas no eran más que de dientes á fuera. En realidad lo que hubiera sentido sería pasar quince días sin presentarse en escena. Estaba tan encariñado con el público, como el público con él. En los últimos años de su vida, cuando pasaba ya de los setenta, habiendo perdido á su esposa, á quien quería entrañablemente, y á sus dos hijos, ya hombres, siendo dueño de una fortuna más que suficiente para cubrir sus necesidades, como queda dicho, trabajaba con el mismo afán que al empezar su carrera. Los aplausos le halagaban tanto como cuando era muchacho, y si alguna vez no los conseguía en la medida de su deseo, entraba en su cuarto mustio y cabizbajo. Pocos días antes de morir se levantó de la cama, donde le retenía un catarro, para ir á representar *El diablo predicador*, un domingo por la tarde. Al terminar la representación tenía calentura. El catarro se había hecho pulmonía, y en aquella misma semana le acompañamos sus amigos al cementerio.

Decían los descontentadizos que todo su arte consistía en ponerse trajes ridículos y sacar unos sombreros que llegaron á ser famosos. No es cierto. Si lo fuera habría por esos mundos de Dios muchos actores cómicos que tendrían tanta reputación y tanta fortuna como él. Es claro que en el género que cultivaba cabe la caricatura, y él sabía valerse de ese recurso para dar más relieve á los tipos que representaba. Pero aparte de eso y de su gracia natural, que era extraordinaria, tenía verdaderas condiciones de artista. Nadie, en nuestros tiempos, ha sabido interpretar como él los graciosos del teatro antiguo, y esta es una de las mayores dificultades que presenta el arte dramático. En esos papeles no valen trajes, ni ademanes exagerados, ni contorsiones ridículas. Todo se reduce á decir bien y á comprender el pensamiento del poeta. Mariano Fernández lo hacía á la perfección. Y en muchas obras del teatro contemporáneo, cuando los papeles no eran de brocha gorda, sabía mantenerse dentro de los límites de la más pura corrección artística. Basta recordar con qué verdad y con qué colorido representaba el almogávar Perich de Naclara, en el admirable drama de García Gutiérrez, *Venganza catalana*, para persuadirse de ello.

Sé que alguna vez en sus excursiones por provincias, representó personajes serios y hasta dramáticos. Si la memoria no me engaña, creo haberle oído que en Málaga logró hacerse aplaudir representando á Yorik en el *Drama nuevo*. Pero este no era su género, y confieso que yo no me lo puedo figurar arrebatado por los celos y dando muerte á su rival.

En las obras de brocha gorda y en las comedias de magia era inimitable, cantaba con mala voz, pero con mucha gracia coplas que él mismo componía, y que si no eran demasiado literarias, tenían el mérito de ser siempre oportunas é intencionadas, no siendo nunca picantes.

En esto, como en las libertades que se tomaba con el

público, intercalando en sus papeles chistes de su cosecha (*morcillas*, en lenguaje de bastidores), demostraba su talento. No hay nada más peligroso que esta costumbre, porque con mucha facilidad se traspasan los límites de lo que está dispuesta á consentir y celebrar la concurrencia. Las *morcillas* y las improvisaciones han costado á casi todos los graciosos muchos disgustos. Él, que durante cincuenta años estuvo *morcilleando* é improvisando coplas sobre asuntos de actualidad, no tuvo más que un solo percalce, ocasionado por la política, y aun éste no fué con el público sino con la autoridad.

Representaba en el teatro de la Cruz una comedia de magia. Era en los días en que se celebraron las bodas de doña Isabel II con su primo don Francisco de Asís y de la infanta doña Luisa Fernanda con don Antonio de Orleans. Sabido es que una gran parte de la opinión llevó muy á mal este último, y en no sé qué pasaje de la comedia, ocurrióse á Fernández decir:

« he visto, he visto, he visto  
á Montpensier comiendo pisto.»

El público premió la irrespetuosa ocurrencia con un aplauso, pero el gobernador la castigó con una multa, y tengo por milagro que el buen Mariano no fuese á dormir aquella noche en la cárcel.

Sus compañeros le temían en escena, porque más de una vez les puso en graves aprietos, no sólo haciéndoles reír con sus salidas originales y chistosas, sino comprometiéndoles á bailar ó cantar, á lo cual no todos estaban dispuestos.

Representando en cierta ocasión el sainete de don Ramón de la Cruz, *La comedia de Maravillas*, donde Julián Romea hacía admirablemente un papel de chulo, le invitó á tomar parte en el baile. Julián, que era un hombre muy grave, se negó desde luego, pero el público insistió de tal modo, que no tuvo más remedio que dar algunas vueltas. Cuando cayó el telón, Fernández echó á correr, tomó la escalera sin cambiar de traje, se metió en el primer coche de alquiler que pudo hallar á mano, y no paró hasta verse encerrado en su casa. Hizo perfectamente, porque si Romea le coge aquella noche le mata. Tardó bastante tiempo en perdonarle.

El popular actor no tenía nada de valiente. Contaba de él Romea que cuando trabajaron juntos en Granada, como en aquellos tiempos, á las altas horas de la noche, las calles de nuestras capitales ofrecían poca seguridad, y las de la ciudad de Boabdil, estrechas y tortuosas, se prestaban grandemente á una sorpresa desagradable, al retirarse del teatro llevaba en las manos un par de pistolas; y añadía, no sin razón, el inmortal artista, que nada le inspiraba tanto temor como la posibilidad de encontrar á su compañero en tales circunstancias, porque, en efecto, un arma de fuego es cosa muy temible en manos de un cobarde.

Viviendo en un piso principal de la plaza de Santa Ana, se encontraba Mariano una noche ya acostado, estudiando un papel, cuando oyó ruido en uno de los balcones. Levantóse inmediatamente, cogió una escopeta, abrió el otro balcón, vió en el de al lado un hombre montado en la barandilla, y sin encomendarse á Dios ni al diablo le descerrajó un tiro. El infeliz, que sería uno de los muchos rateros que entonces se dedicaban en Madrid á robar cortinas, dió un grito, y cayó á la calle gravemente herido. Mariano volvió á cerrar su balcón y se metió en la cama. Sólo la ofuscación del miedo pudo ponerle en peligro de matar á un hombre por un hurto de dos pesetas.

El celebrado actor, que tanto hizo reír á las gentes, tuvo también sus momentos de amargura.

Perdió en poco tiempo dos hijos, que murieron tísicos, cuando el mayor terminaba con lucimiento la carrera de abogado y el menor prometía también ser hombre de provecho. En aquella ocasión derramó amargas lágrimas, pero su naturaleza era refractaria al dolor, y, al menos en la apariencia, se consoló pronto.

Mariano Fernández, sin ser místico, era muy devoto, y en la capilla de los cómicos, que existe en la parroquia de San Sebastián, ha costado no pocas funciones á que asistía con verdadero recogimiento.

Dios se lo haya tomado en cuenta.

EDUARDO ZAMORA CABALLERO.

¡Siempre igual!!

DE Homero la asombrosa inteligencia y alta penetración, en la Odisea puso esta sentencia en boca del argivo Agamenón.

«La gloria del poder y la fortuna que ávido busca el hombre en su inquietud, en rigor de verdad, tan sólo es una dorada esclavitud.»

Camina siempre por igual sendero la vana, incorregible Humanidad: aquella afirmación del grande Homero sigue siendo verdad.

J. FEDERICO MUNTADAS.

## VIAJE A LAS BALEARES

### MALLORCA

(CONTINUACIÓN)

REALIZADA la conquista de Mallorca el rey hizo donación de esta heredad al famoso Pons Hugo, conde de Ampurias, y después de no pocas vicisitudes fué á parar á manos de la ilustre familia Despuig, tronco y raíz de la casa de los condes de Montenegro y Montoro, que la poseen actualmente.

El cardenal Despuig unió á los blasones de la familia la púrpura cardenalicia, la gran cruz de la orden de Car-



Baños árabes

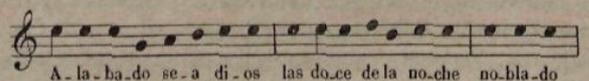
los III y el patriarcado de Antioquía. Compró al pintor escocés Hamilton, que estaba haciendo excavaciones en Italia, un templo erigido por Domiciano á la ninfa Egeria, y continuó á sus costas los trabajos de investigación, habiendo tenido la fortuna de descubrir, en el período de 1767 á 1787, la mayor parte de las magníficas estatuas y esculturas que forman el museo actual.

En ella ví también la famosa carta náutica, respecto de la cual se ha hablado antes, atribuyéndose á Jorge Sand la negra aventura del tintero; pero si no fué todo ello producto de la fantasía de la célebre escritora, debo manifestar que no quedan huellas de la inundación, y que pude contemplarla colocada en un marco, y protegida por un cristal, pendiente de una de las paredes.

Recorrí los jardines, en los cuales llamé mi atención la escalinata principal de gusto italiano, decorada con estatuas, jarrones y fragmentos antiguos, y cuya blancura subía de punto destacándose sobre un fondo de cipreses y verdes pinos.

Cuando de noche me despertaba en mi cuarto de la fonda de Palma, llegaba hasta mis oídos una música lejana, cuyos monótonos acordes producían en mi ánimo un efecto singular. Parecíame escuchar como en sueños, acompañada por las graves notas de la guitarra, una melodía sencilla y melancólica como una melopea árabe.

Otras veces era la voz, ora próxima, ora remota de los serenos ó vigilantes nocturnos la que interrumpía el si-



lencio de la noche, que sobre la tonalidad del canto llano, anunciaban la hora, entonando una melodía que debe contar siglos enteros de existencia. La transcribo siguiendo la notación de M. J. B. Laurens. La primera frase de la misma es, de fijo, de procedencia mahometana, y me fundo, para discurrir así, en que comienza con una salutación á Dios, como todos los discursos árabes.

Los serenos, en número de unos cincuenta próximamente, recorren durante la noche las calles de la ciudad de Palma, anunciando las horas y el aspecto del tiempo. Los enfermos y los viajeros tienen en ellos auxiliares siempre dispuestos, ora á llamar al médico ó al comadrón,

ora para indicarles albergue en que guarecerse durante la noche: comunicanse los unos con los otros por medio de silbidos, y en caso de necesidad pueden reunirse con suma rapidez.

Un día en que, acompañado del dueño de la *fonda de Mallorca*, atravesaba uno de los barrios de Palma, en busca de un cambista, como observara junto á las puertas de las tiendas y en el interior de las casas, hombres y mujeres cuyos rostros tenían profundamente impresos los caracteres que son propios del tipo israelita, no pude menos que decir:—Son judíos.—No levantéis tanto la voz. Lo son, en efecto, y nos hallamos realmente en el barrio judío, y si bien es verdad que han abjurado su religión para convertirse al Cristianismo, no han podido desechas sus *ingénitas inclinaciones mercantiles y usurarias*.

Mucho tiempo había transcurrido desde que tuvo lugar su conversión, y se les obligaba á que rezaran en voz alta, para evitar que bajo una mentida apariencia de fervor mezclaran en sus oraciones las blasfemias más horribles.

Los israelitas han sido en Mallorca objeto de la más terrible persecución. M. Grasset de Saint Sauver refiere haber visto en el claustro de Santo Domingo, actualmente destruido, diferentes pinturas representativas de la barbarie con que fueron tratados en otro tiempo. En ellas veíanse representados los infelices que fueron condenados á la hoguera, leyéndose al pie su nombre, edad y demás circunstancias, y la fecha en que tuvo lugar la ejecución. «Jamás olvidaré, añade, la impresión que recibí cierto día en que estaba paseando por el claustro de los dominicos. Como llamaban mi atención ciertos huesos puestos



Patio de casa Olesa

en cruz que se veían en la mayor parte de las efigies, acercóseme un fraile y me dijo:—Representan á aquellos que después de muertos fueron exhumados y aventadas sus cenizas.—La sangre se heló en mis venas, y salí de aquel sitio tristemente emocionado por lo insólito de la escena.»

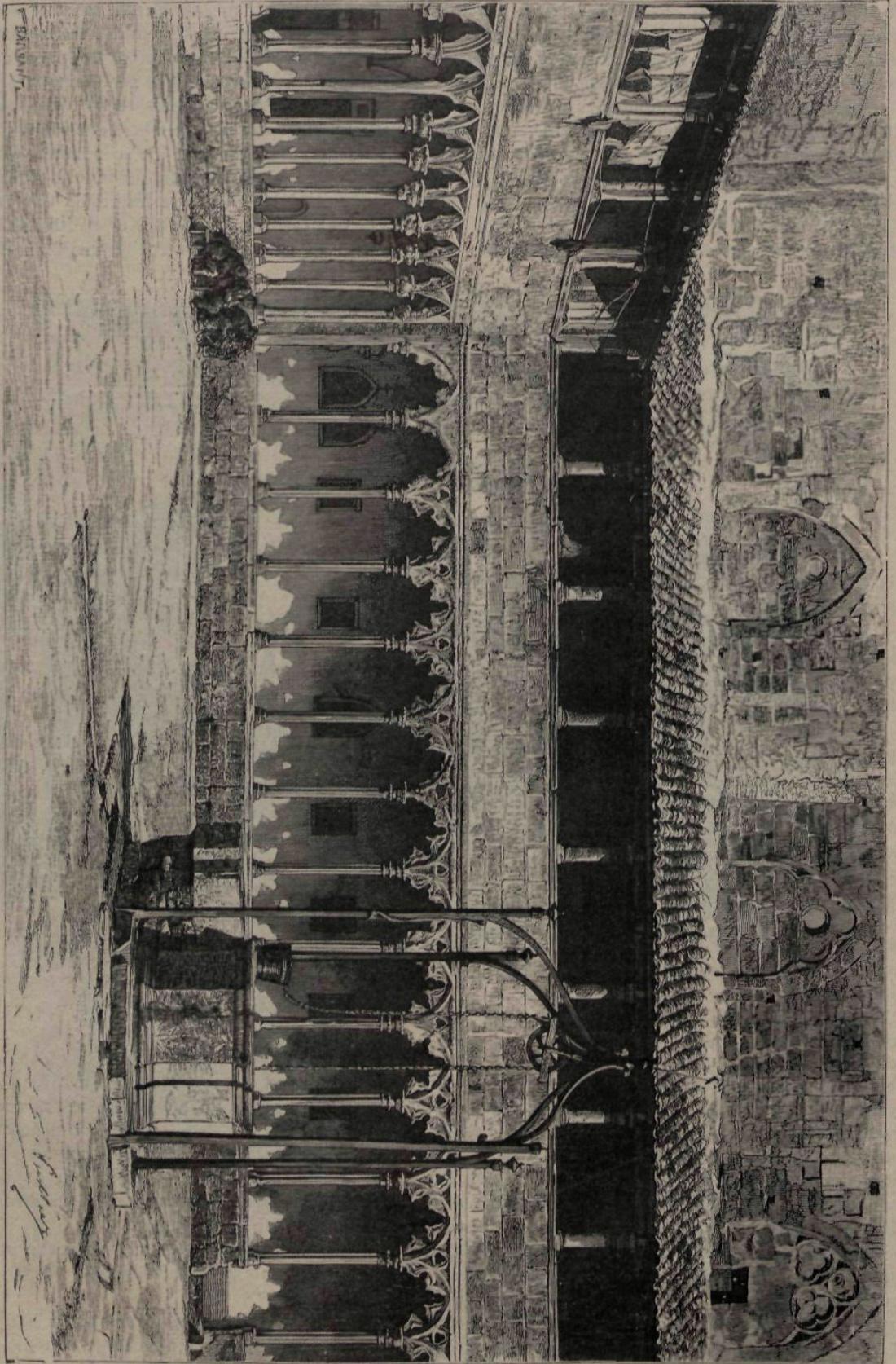
»La casualidad puso en mis manos una relación impresa en 1755, de orden de la Inquisición, en la cual se hallan continuadas con sus nombres y apellidos, la profesión y los delitos que cometieron, las listas, por años, de los que fueron sentenciados en Mallorca en el período comprendido entre 1645 y 1691. Debo confesar que no pude leer, sin estremecerme, esa dilatada nómina, en la cual encontré cuatro mallorquines, entre ellos una mujer, quemados vivos por delito de judaísmo; treinta y dos que, después de haber muerto por la misma causa en las mazmorras de la Inquisición, fueron también pasto de las llamas; tres cuyos restos fueron exhumados y aventadas sus cenizas; un holandés, acusado de luteranismo; un

mallorquín, perseguido como mahometano, y seis portugueses, de ellos una mujer, y siete mallorquines, quemados en efigie, pues tuvieron la fortuna de poner agua de por medio. Además de éstos conté otros doscientos diez y seis, entre naturales y extranjeros, acusados de judaísmo, herejía y mahometismo, que salieron de la cárcel por haberse retractado públicamente de sus errores, y vuelto de nuevo al seno de la Iglesia.

»Este espantoso catálogo terminaba con un decreto de la Inquisición no menos horrible.»

Aun cuando los árabes ocuparon la isla de Mallorca durante más de cuatrocientos años, son muy escasos los restos de las construcciones que por fuerza debieron levantar en las Baleares.

Sólo recuerdo el atrio de la capilla de los Templarios, y en el interior de un jardín particular, una sala de baños de notable arquitectura, bien que acusando ya un período



MALLORCA. — CLAUSTRO DE SAN FRANCISCO (véase la pág. 442)



MALLORCA. — LOS OLIVOS MONSTRUOS

de decadencia. La forma de dicha sala es cuadrada, cubriéndola una cúpula sostenida por doce columnas. Sus arquivoltas son de arco de herradura, como las de todos los monumentos árabes, y en cuanto á los capiteles, nada ofrecen de análogo con los de los otros estilos arquitectónicos, griego, romano ó cristiano.

Más interés ofrecen al viajero las antiguas casas de los caballeros mallorquines. Por lo que á mí hace no me saciaba de visitarlas en compañía del complaciente Sellarés. La mayor parte tienen patios bellísimos, entre los cuales recuerdo, con verdadera complacencia, los de las casas de Olesa y Sollerich.

M. J. B. Laurens, que durante mucho tiempo estuvo asociado con M. Taylor para la realización de sus trabajos artísticos respecto de los antiguos monumentos de Francia, ha descrito las impresiones experimentadas en un viaje que, bajo el punto de vista del arte, hizo á Mallorca. Después de consignar la influencia que ejercieron en las construcciones de este país las formas del Renacimiento, describe con grandísima competencia las casas de Mallorca que yo he visitado después de él. «Basta, dice, con penetrar en el vestíbulo de los palacios de la nobleza y en las casas de la burguesía, que tanto abundan en la ciudad mallorquina, para apreciar las manifestaciones de un gusto exquisito.

»No he visto en Palma casa alguna que tenga fecha muy remota: las más dignas de atención por lo que á la arquitectura se refiere, son del primer tercio del siglo XVI; pero el estilo gracioso y brillante de esta época se ofrece bajo forma muy distinta de la que presentan en Francia las construcciones de la propia época.

»Estas casas se componen simplemente de un piso y un desván de reducidas proporciones, es decir, de poca altura. La entrada consiste en una puerta en plena cintra sin el menor adorno: la luz penetra en las habitaciones que miran á la calle, á través de rasgadas ventanas divididas por ligeras columnillas que les comunican un pronunciado aspecto árabe; siendo tan marcada esta fisonomía, que podría creerse haber formado parte de esos palacios moriscos, que semejan obras de hadas, de las cuales podemos formarnos idea por el de la Alhambra de Granada, indudablemente uno de los más admirables.

»Sólo aquí he visto columnas que midiendo una altura de seis pies, no tienen más que tres pulgadas de diámetro. Esto, unido á la elegancia de los capiteles con que rematan, y á la finura del mármol de que están labradas, ha influido para que se les atribuya origen árabe.

»Mas seanlo ó no, es lo cierto que el aspecto de tales ventanas, sobre original, es por demás gracioso. El desván que constituye el piso superior se halla constituido por una galería, ó mejor, una serie de ventanas semejantes ó iguales á las que forman el remate del monumento de la Lonja.

»Por último, un alero muy avanzado, generalmente sostenido por vigas artísticamente labradas, al par que protege esta parte del edificio de la lluvia y del sol, produce admirables y sorprendentes efectos de luz, gracias á las sombras que proyecta sobre el edificio, y merced al contraste resultante entre el color oscuro de la construcción, hecha de madera, y el brillante azul de un cielo siempre puro.

»La escalera, trabajada con gran primor y gusto exquisito, arranca de un patio situado en el centro del edificio, separado de la calle por un vestíbulo en el cual se ven generalmente robustas pilastras, cuyo capitel se halla

adornado de esculpida hojarasca ó de algún escudo sostenido por ángeles.

»Durante más de un siglo, después de los esplendores del Renacimiento, los mallorquines han desplegado gran lujo en la construcción de sus habitaciones particulares.

»Sin abandonar la distribución acostumbrada, han introducido en los vestíbulos y las escaleras las modificaciones que debía experimentar la arquitectura preconizada por Vignola. De aquí que abunden, y no poco, las columnas jónicas y toscanas, y las lindas balaustradas que comunican suntuosa apariencia á las numerosas moradas de la aristocracia, que vive tranquilamente de sus rentas en Palma. La predilección para el adorno de la escalera y las reminiscencias del estilo árabe pueden observarse igualmente hasta en las habitaciones más humildes, es decir, en aquellas en las cuales sin el intermedio del vestíbulo, ni del patio, la escalera conduce directamente al piso principal, pues los peldaños están formados de hermosos azulejos esmaltados de flores azules, amarillas y verdes.

»Muchas calles antiguas, estrechas, y sólo habitadas por mercaderes, tienen una galería constituida á uno y otro lado por pilares, sobre los cuales se apoyan los pisos superiores de las casas, de los cuales el principal tiene invariablemente un mirador. En él, puestas en grandes macetas, se ven plantas espléndidas ó trepadoras, que una cortina de estera ó de paja preserva de la luz intensa y de los ardores del sol. Es algo así, como un saloncillo exterior, en el cual se distinguen con frecuencia lindas palmeanas, ocupadas en las labores propias de su sexo, que hacen más gratas, canturreando á media voz melodías propias del país.»

Jorge Sand copia la descripción que acabamos de transcribir, y añade:

«Estos patios, primorosamente pavimentados y rodeados á veces de columnas como los *cortile* de los palacios venecianos, tienen generalmente en el centro un pozo notable por su gusto exquisito. De todas maneras, por su aspecto, lo mismo que por el uso á que se hallan destinados, no se parecen en nada á nuestros patios sucios y desprovistos de todo ornamento.

»Jamás se halla en ellos la entrada á las cuadras y dependencias de escalera abajo, siendo más bien verdaderos patios que recuerdan el atrio romano, viniendo el pozo central á hacer las veces del *impluvium*.

»Cuando estos peristilos se hallan adornados con elegantes vasos con plantas, y toldos de junco ó esterilla, ofrecen un aspecto al par gracioso y severo, cuya poesía no saben apreciar los señores de Mallorca, que no acaban con la cantinela de la vetustez de sus moradas, y no aciertan á comprender que de buena fe se alaben su estilo y bellas condiciones, achacándolo á burla disfrazada, ó á excesiva galantería de parte de los extranjeros.»

C. V. DE V.

(Continuará).

## A orillas del precipicio

(CONTINUACIÓN)

Á la llegada de Carlitos de casa de su tía Mercedes, procuró serenarse y ocultar la tempestad que rugía dentro de su alma. El niño, por su parte, siguió puntualmente la lección de su tía, que le encargó que no dijese á nadie, ni á su madre, la visita que había hecho á Luciano, so pena de disgustar á los Reyes, que pasarían de

largo sin dejar en el balcón los ansiados juguetes. Tenía, sin embargo, el angelito muchas ganas de charlar; pero Amalia, temiendo que la vendiese su dolor, pretextó un ataque de jaqueca y se encerró en su cuarto, dejando al niño al cuidado del ama de llaves y de la niñera, que eran de su confianza.

Así pasó una hora, esperando con sobresalto, la llegada de Luciano, pero en vez de venir Luciano, vino un criado para advertir que no le aguardasen, porque comía en el Club. Este inesperado golpe acabó de sacarla de quicio, viendo en él la confirmación de las revelaciones de Juanito. El pérfido no tenía valor para arrostrar su presencia, en el momento preciso en que se preparaba á cubrirla de lodo. ¿Quién sabe si en vez de comer en el Club habría ido á celebrar algún innoble festín con la ninfa de taberna, adelantando la hora fijada en el programa? Ya desde aquel punto Amalia se encontró completamente dominada por la ira y el ansia de averiguar con sus propios ojos la tragedia de su felicidad y de su decoro. ¿Qué haría después? En esto no pensaba. Fingiendo que su jaqueca se había agravado, ordenó que diesen de comer al niño y le acostasen á la hora de costumbre, pues ella no se encontraba en estado ni de tolerar la luz ni de llevar un bocado á la boca. Lo segundo era verdad. Al volverse á quedar sola, la tensión de sus nervios la produjo una crisis de sollozos, pero de sollozos amargos que no aliviaron su espíritu, ni fueron, como suelen serlo ordinariamente, válvula de desahogo al dolor. Con la vista fija en el reloj, pasó todavía una hora de angustiosa agitación; pero sin vacilaciones y resuelta á apurar toda la verdad por el precipitado medio que ella misma había elegido. Sólo cuando al sonar las diez y media salió cautelosamente del gabinete en que se había encerrado, para asegurarse de que todos los criados se encontraban en las habitaciones de la parte de atrás, y después de preparar un abrigo de pieles para echárselo encima á la salida, se colocó á las inmediaciones de la puerta para esperar la señal; el carácter furtivo, cauteloso, criminal de estos detalles, que en su acaloramiento no había previsto, le acongojaron de un modo tal, que probablemente habría desistido de la loca aventura á tener libertad de hacerlo. Pero ya no era tiempo de retroceder, y por otra parte, estímulos de otro género la empujaban casi contra su voluntad y caminaba al cumplimiento de lo pactado sin conciencia de lo que hacía. Esperó así largo rato, haciendo grandes esfuerzos por vencer su agitación y con recelo á veces de que los latidos de su corazón no le dejasen oír el cauteloso llamar de la puerta. De este modo transcurrió cerca de media hora, la más angustiosa de su vida, sin que en la puerta, á la cual se acercó más, se sintiese rumor ninguno. Amalia consultó temblorosamente el reloj: eran cerca de las once. La esperanza de que Luciano no se hubiese presentado en el café empezó á brillar con luz consoladora entre el negro tumulto de sus pensamientos; pero esta esperanza duró poco. Oyó con alarma pisadas en la escalera, que cesaron al llegar á la puerta, é inmediatamente después el temido llamamiento. Pálida y venciendo su humillación dió una mirada por la rejilla y abrió á Juanito, poniendo un dedo en la boca para recomendarle el silencio. En la previsión de que Amalia estuviese ya esperándole con el sombrero y el abrigo puestos, sin darle ocasión de entrar dentro, Juanito no se detuvo ni un solo instante y enfiló de puntillas el pasillo hasta llegar á la sala de conversación de Amalia, retirándose á uno de los ángulos. La joven, sin sospechar nada, le siguió de puntillas también, y deseosa de no prolongar aquella

entrevista á puerta cerrada, dijo con voz insegura deteniéndose á alguna distancia de Juanito:

—Espere usted un momento. Voy á echarme un abrigo y saldremos.

—No hay prisa, contestó Juanito, con la voz apagada que requería la circunstancia, pero con mímica expresiva. Luciano no ha llegado todavía al café, aunque no puede tardar. Tenemos tiempo.

—¡Cómo! exclamó la joven indignada, pero sin poder disimular su alarma. ¿Es eso lo convenido? ¿Por qué ha venido usted entonces?

Juanito, decidido á no malograr la ocasión, ensayó una postura sentimental y avanzó un paso hacia Amalia. Ésta retrocedió y volvió á reiterar su pregunta.

—¿Y bien? dijo Juanito. Yo no tengo más disculpa que dar á usted que una: el amor. Este es el culpable de no haberme sentido con valor para renunciar á la felicidad de encontrarme con usted á solas en el silencio de la noche, de respirar su aliento, de embriagarme con sus miradas. ¿Qué idea daría á usted de mi pasión, si la hubiera obedecido? Abrúmeme usted con su enojo, nada me importa, con tal de no privarme de esta ocasión, por la que he estado suspirando tanto tiempo. No sea usted cruel, prolongando el martirio del más rendido de sus adoradores, que no concibe la vida sin usted.

Las palabras y la actitud de Juanito, en cuyos ojos brillaba el fuego, si no del amor, de otra pasión que á menudo se confunde con él, no se prestaba á equívocos: el hombre venía decidido á sacar de la situación sus consecuencias naturales. El terror de Amalia creció, pero contrabalanceado por otro sentimiento que las primeras palabras de Juanito suscitaron en su espíritu, fortaleciendo su corazón para la resistencia.

—Ya veo claro, dijo midiendo al Romeo de pacotilla con sus ojos indignados, el miserable lazo que usted me ha tendido. Confiese usted que toda esa historia de los amores de Luciano no ha sido más que una indigna superchería, para hacerme caer en esta emboscada.

—No por cierto, exclamó Juanito con un aire de sinceridad que desconsoló á la joven. Juro á usted que no le he dicho más que la verdad. Esa historia la conocen todos los amigos de Luciano, y aun los que no lo son. ¡Si oyera usted qué cosas se decían en el café!

—Pero el caso es que Luciano no ha parecido por allí. Usted mismo lo ha confesado.

—Es verdad; pero á estas horas se encontrará seguramente. Ella, y todos los concurrentes, le estaban esperando.

—¡Vamos á verlo! dijo Amalia, que habiendo medido toda la extensión del peligro, comprendía que lo urgente era sacar de allí á todo trance al peligroso huésped; pero éste, al ver que la joven se dirigía á coger su abrigo, se le atravesó rápidamente en el camino intentando cogerla una mano.

Amalia extendió el brazo con un gesto que, á pesar de su voluntad de atropellar por todo, contuvo al galán; pero los ojos encandilados y la sonrisa de sátiro de éste indicaban claramente que la tregua no podía ser larga.

Pálida, con el seno agitado y con el brazo todavía extendido, Amalia le miró retrocediendo.

—¿Qué pretende usted? dijo con voz sofocada. ¿Será usted tan miserable que quiera abusar de la situación angustiosa en que me encuentro?

—¡Yo abusar! contestó Juanito con aire que desmentía sus palabras. ¡Yo abusar de usted, de quien no deseo más

que ser esclavo sumiso; de usted, á quien amo con pasión tan vehemente... tan abrasadora...

—¡Más bajo, por Dios! murmuró la joven al ver que Juanito, con intención ó sin ella, había alzado un poco la voz.

—¿Lo ve usted? exclamó el pillastre con sonrisa cínica y exagerando el tono apagado de su voz. Está usted enteramente á mi disposición, no puede usted alzar la voz, no puede usted moverse...

—¡Cobarde! exclamó Amalia en el colmo de la exasperación y del terror. ¡Si estuviera aquí el que debiera defenderme!

—¿Luciano? Bien atestigua con su conducta que no hace caso del tesoro que tiene en casa. Además, poco hombre sería él para impedirme...

El innoble seductor decía ya esto avanzando hacia Amalia, que retrocedía presa á la vez del susto y de la ira, cuando dos campanillazos que sonaron en la puerta le dejaron inmóvil.

—¡Es Luciano! ¡Es su manera de llamar! dijo Amalia con espanto.

Juanito se puso pálido como un muerto.

—¡Luciano! exclamó mirando á su alrededor y temblando como un paralítico. ¿Dónde me escondo? ¡Me va á matar!

—No, ahí no; es nuestro cuarto, dijo Amalia con voz precipitada al ver que se dirigía ciego por el terror á la habitación contigua.

—¡Por Dios! balbuceó el miserable. ¡Que va á llegar! ¡Que aquí hay una tragedia!

Los pasos del criado que venía á abrir la puerta sonaban ya en el pasillo: no había un instante que perder. Movida por la suprema angustia de la circunstancia, Amalia abrió rápidamente el único balcón que tenía la sala, por el que salió tambaleándose el menguado seductor. Después de cerrarlo, se dejó caer en un sillón conteniendo los latidos de su corazón que parecía querer salirse del pecho.

Un momento después entró Luciano.

Sin haberse quitado la capa y el sombrero, que mostraban todavía algunos copos de la nieve que caía en abundancia, se detuvo en los umbrales de la puerta y dijo mirando á su mujer, como el que teme ser mal recibido:

—Buenas noches.

—Buenas noches, contestó Amalia maquinalmente, procurando fijar en él sus ojos, que querían irse hacia el balcón.

Luciano se desembozó, dejó sobre una consola algunos paquetes que traía debajo del brazo, echó la capa y el sombrero sobre una silla y se fué á sentar al lado de Amalia.

En otra situación de espíritu, ésta no hubiera dejado de advertir en el rostro de su marido una expresión triste y solemne á la vez, que no era en él habitual. Sus miradas eran tímidas y recelosas, algo parecidas á las que Amalia le dirigía. En los rasgos de su semblante se advertía como el cansancio y la huella que deja una gran lucha interior.

—Sin duda no me esperabas... á estas horas, dijo tímidamente como el que cree poner el dedo en una llaga abierta.

Nada más rápido que el espíritu de la mujer para coger al vuelo y aprovechar estas manifestaciones, al parecer insignificantes, que ponen al descubierto un corazón; pero Amalia se encontraba tiranizada por el riesgo de la situación. Detrás de aquel balcón que tenía á dos pasos,

estaba su deshonra, estaba quizá una tragedia y hasta, por una ilusión del miedo, se le figuraba oír el aliento acongojado de Juanito. Obligada, sin embargo, á hablar, procuró por instinto ladear la conversación, contestando á una pregunta con otra.

—¿Cómo has venido á pie en una noche como esta?

—¡Oh! dijo Luciano con voz grave y triste. Te aseguro que esta noche no estaba yo para pensar en coches ni para que me hicieran mella la nieve y el frío. ¡Mira cómo me he puesto!

En efecto, tenía las botas encharcadas y los pantalones llenos de fango.

—¿Qué peso tenías esta noche sobre tu alma, preguntó Amalia arrastrada á pesar suyo por los sentimientos que despertaba en su corazón la actitud de su marido, para olvidar de ese modo el cuidado de tu persona?

—Un peso muy grande, Amalia, un peso del cual tú puedes librarme si continúas siendo para mí la Amalia de otros tiempos.

Pronunció Luciano estas palabras mirando á su mujer con ansiedad que tenía algo de dolorosa. Amalia, que no se sentía con derecho para representar el papel de juez, murmuró con voz insegura:

—Explicáte... pues.

—A eso voy, dijo Luciano levantándose; pero antes tengo prisa de dejar cumplida una promesa y de reparar un olvido que me pesa como un remordimiento. ¿No sabes que esta es la noche de Reyes?

Luciano hacía esta pregunta dirigiéndose á la consola, de la que recogió los paquetes que dejó al entrar.

—¡La noche de Reyes! balbuceó Amalia vislumbrando la terrible eventualidad que el aniversario y aquellos paquetes anunciaban, y echando una mirada de angustia al balcón.

—No pasarán los Magos esta noche sin dejar su regalo á nuestro Carlitos, dijo Luciano preocupado con su idea, volviéndose á su mujer y enseñándole los paquetes.

Intentó ésta maquinalmente levantarse é interponerse entre el balcón y Luciano, pero no tuvo fuerzas: clavada en su asiento por el espanto, invocó mentalmente á la Virgen considerándose perdida. Oyó, sin embargo, abrir el balcón y salir por él á Luciano. Todavía pudo rehacerse contra la congoja que intentaba apoderarse de ella, y con los ojos fijos en el balcón, esperó algunos segundos, que le parecieron siglos. Al ver que Luciano volvía á salir solo y cerraba tranquilamente el balcón, la sangre afluyó de nuevo á sus mejillas descoloridas, y por su mente cruzó este pensamiento que hizo en su espíritu el efecto del rayo de sol que penetra en una mazmorra:— Juanito se ha descolgado por el balcón.

C. SUÁREZ BRAVO.

(Concluirá).



Para preparar un buen caldo, se echa en un puchero cierta cantidad de carne y la suficiente agua para cubrirla. Puesto al fuego el puchero se eleva la temperatura gradualmente. La carne cede al agua fría una parte de la albúmina y de las sales, materia extractiva, ácidos inóxico y láctico, así como la materia colorante, y por esto

# Cuentos pueriles

## ASTRONOMIA

POR

FELIPE CÁMARA Y N. MORAL



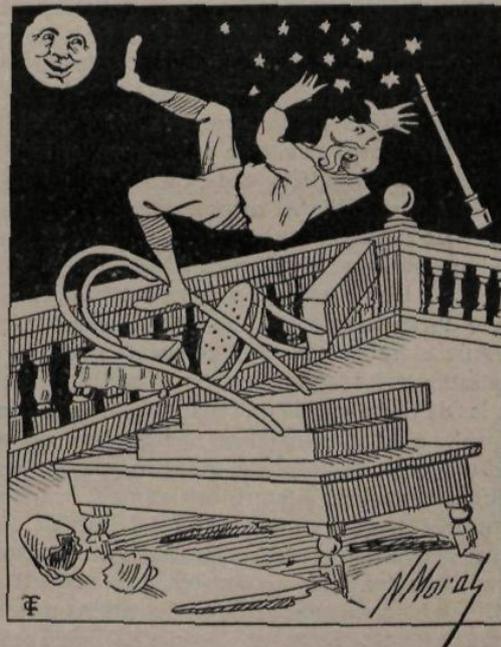
1. Intentaba unas cosas Filiberto, como no inventará criatura alguna; y saber quiso un día si era cierto que existían habitantes en la luna.



2. En el terrado forma un caramillo, sobre el cual, con destreza incomparable, y de un modo admirable creyó lograr sus fines el chiquillo.



3. Provisto de un enorme catalejo, y aunque burlando el paternal consejo, tuvo de encaramarse la fortuna, ajeno de causar un cataclismo.



4. ¡No logró Filiberto ver la luna!  
¡Pero vió las estrellas... que es lo mismo!

toma un color rojizo. Cuando el líquido entra en ebullición, la albúmina y las materias colorantes se coagulan y flotan en la superficie del licor, bajo la forma de espuma, que se tendrá cuidado de quitar. Al mismo tiempo la grasa se disuelve. Formando ojos sobre el caldo, la gelatina que resulta de la acción del agua en el tejido celular, se disuelve también y aumenta de este modo la cantidad de principios nutritivos. Cuando la carne ha hervido por espacio de cinco ó seis horas, casi ha perdido ya completamente todas las materias solubles que contenía, y no le queda más que la fibrina, las partes grasas, gelatinosas, albuminosas, que permanecen interpuestas entre las fibras y la fibrina, y que en parte corrigen el endurecimiento que aquella sustancia ha experimentado, á consecuencia de una ebullición prolongada.

El caldo contiene albúmina cocida, gelatina y otras materias extractivas que le dan color, ácidos, entre otros el ácido inósico, que le da un sabor agradable; principios volátiles poco conocidos; varias sales, y además la sal marina y las materias sápidas y odoríferas procedentes de las legumbres, que por lo común se añaden al puchero para que resulte más sabroso. La cantidad necesaria de carne para hacer un buen caldo, es la de 550 gramos por cada litro de agua; no obstante, el caldo no contiene más que una pequeña cantidad de principios alimenticios y aromáticos, puesto que la proporción de las materias solubles, tanto orgánicas como minerales, no excede de 25 á 30 gramos por litro. Entre ellas, la más abundante es la gelatina; por eso cuando el caldo se concentra aparece en la superficie. Esto se observa particularmente en los caldos de vaca, pollo y otros animales tiernos.

No es indiferente, como tal vez pudiera creerse, echar la carne en agua fría y hacer hervir lentamente esta última ó colocarla ya desde luego en agua hirviendo. En el primer caso, se obtiene un caldo muy sabroso, porque se han disuelto todos los principios solubles de la carne, y en el segundo caso, por el contrario, el caldo es más flojo é inferior bajo todos conceptos, porque la albúmina y la materia colorante de la sangre se han coagulado inmediatamente en el interior de la carne á consecuencia de la rápida aplicación del calor, por haberse formado compacta envoltura que impide la libre salida de los jugos.

El agua empleada en el puchero ejerce marcada influencia en la cocción de la carne y en las cualidades del cocido. Si se emplea agua de pozo, que contiene una pequeña cantidad de sulfato y de carbonato de cal, la carne es dura y el caldo es menos sabroso y agradable; la influencia de esta misma agua en las legumbres que se añaden al puchero es también indudable, puesto que se vuelven duras. La sal marina que se acostumbra poner en la carne durante la cocción no la vuelve más tierna, pero acentúa el sabor y el olor del caldo, y vuelve más blandas y sabrosas las legumbres.

Las ollas de tierra cocida que se usan en todas las casas son preferibles á las ollas metálicas, porque las vasijas de tierra son malos conductores del calórico y están menos sujetas que las metálicas á sufrir un aumento rápido de temperatura, y además conservan la del líquido de un modo muy regular, que debe mantenerse en lo posible en un grado de calor próximo tan sólo al de la ebullición.

Hoy día se ha demostrado que las sustancias que constituyen el sabor y las demás propiedades del caldo preexisten en la carne, y no se forman, por lo tanto, durante la cocción. Por esto es posible preparar con mucha prontitud un excelente caldo, empleando los siguientes procedimientos:

1.º Tómese un kilogramo de carne magra de vaca, redúzcasela á picadillo muy fino, mézclesela con igual peso de agua fría que se procurará que entre en ebullición lentamente; al cabo de algunos minutos exprímase la carne dentro de un paño, y se obtendrá un kilogramo de caldo muy aromático y más sustancioso que el caldo obtenido tan sólo por la ebullición (aunque ésta se haya prolongado). Pero por este procedimiento la carne queda completamente inservible para comer. Si se añade al caldo sal marina y legumbres que sirven para aromatizarle y darle color, se obtendrá la mejor preparación posible que se alcanza con un kilogramo de carne.

2.º Píquense 250 gramos de carne fresca, háganse desleir en 250 gramos de agua fría adicionada con cuatro ó cinco gotas de ácido clorhídrico y un gramo de sal marina. Al cabo de una hora de maceración, se echará todo en un tamiz de crin y el líquido que ya se ha pasado por el tamiz se vuelve á pasar hasta que queda perfectamente claro; cuando se ha terminado esta operación se lava el residuo que ha quedado en el tamiz con 250 gramos de agua fría que se irán echando en pequeñas cantidades. Los 500 gramos del líquido así obtenido tienen un color rojizo con sabor agradable y son de fácil digestión. Se sirve frío y en tazas.

Durante el verano es á veces muy difícil conservar el caldo de un día para otro, porque se vuelve agrio en la dispensa mejor dispuesta; hasta en la bodega no tarda mucho en tomar un sabor desagradable. Es verdad que puede evitarse que se altere haciéndole hervir por la mañana y por la noche, pero es mucho más sencillo introducir en el líquido un pedacito de carbón de madera bien calcinado y bien lavado. Por este procedimiento se conserva perfectamente durante los más fuertes calores.

\* \* \*

En cierta ocasión cayó un muchacho en un río, y como no sabía nadar, su vida se hallaba en peligro. Un hombre que atraído por los gritos que daba el infeliz niño se presentó allí, empezó por regañarle de lo que había hecho: —Primero salvadme, contestó, después ya me reprenderéis cuanto os plazca.

\* \* \*

Si se quiere hacer impermeable el papel, hágase una disolución de dos onzas de jabón de primera calidad en seis azumbres de agua, y déjese hervir medio cuarto de hora. Disuélvase igualmente en otras seis azumbres de agua doce onzas de buen alumbre, y añádanse cuatro onzas de cola de Flandes, y una onza de goma arábica desleída de antemano en suficiente cantidad de agua; mézclense ambas disoluciones, mójese con esta composición el papel, después de haberlo calentado ligeramente.

Debe observarse que, para secar el papel, es menester primero poner los pliegos unos sobre otros, y prensarlos ligeramente con un peso de doscientas libras puesto sobre la tabla con que termina el rimero. Al cabo de algunos días se sacarán y extenderán sobre cuerdas.

\* \* \*

Para destruir los gusanos blancos, que en menos de un día talan á veces todo un jardín, quémense hojas de cardo, ortigas ú otra cualquier hierba inútil, hágase una leña con estas cenizas, y riéguese con ella las tablas del jardín atacadas de estos insectos: á las dos ó tres veces de repetir esta operación quedan enteramente destruídos.

\* \* \*

En sociedad, la facultad de hablar bien no implica la de hablar siempre, ni la de hablar de todo.—COPPINO.

\*\*\*  
¡Cuántos hombres pretenden justificar á sus propios ojos los más graves deslices, alegando la excusa del verdugo cuando al ejecutar una víctima se dice: «Si no fuera yo, sería otro!»—SARA.

\*\*\*  
Se piensa menos en vivir bien que en vivir mucho tiempo, y sin embargo, todos podemos vivir bien, y nadie es dueño de vivir mucho tiempo.—SÉNECA.

\*\*\*  
Consumimos la existencia buscando medios con que vivir. Contemplad los individuos, contemplad la especie, todos tienen la vista fija en lo que sucederá mañana. Me diréis, ¿qué mal hay en ello? Un mal inmenso, porque no vivimos, sólo nos proponemos vivir y todo se suspende y aplaza.—SÉNECA.

\*\*\*  
La adulación crea muchos amigos, la verdad engendra el odio.—TERENCIO.

\*\*\*  
No avergonzarse de una falta propia, es igual á cometerla dos veces.—PUBLIO SIRIO.



EL PINTOR MINIATURISTA

El arte es tan grande y sus ramificaciones llegan tan lejos, que por sí solo puede proporcionar al espíritu una inmensa variedad de pasatiempos á cual más útiles y agradables.

Por hoy nos ocuparemos sólo del procedimiento para convertir con facilidad en hermosa miniatura la más vulgar prueba fotográfica.

Para obtener ese resultado se procede á las operaciones siguientes: se corta la prueba en papel albuminado, del tamaño justo del cristal á que debe adherirse; se limpia ese cristal con un paño seco y se le da una mano de cola transparente con la mayor igualdad posible, así como á la cara anterior de la prueba adhiriéndola al cristal con el mayor cuidado por medio de un paño aplicado con la mano izquierda, mientras que con la derecha se pasa una espátula ó mango piriforme por toda la superficie; si el cristal es plano se adapta la prueba con una plegadera; se lava luego el anverso de la prueba, y después de seca ésta se le da transparencia por medio del aceite de nueces ó de la *mixtura transparente* que se vende en las droguerías; bien embebida la prueba se la deja reposar en un sitio algo caliente. Cuando la prueba es ya bien transparente, se vierte el exceso de aceite en el frasco y se enjuga la prueba para que quede bien lisa.

En este estado se procede á iluminar por medio de colores finos al óleo, lo más transparentes que se puedan hallar, pintando primero los detalles de tonos más oscuros como los ojos, los pliegues del traje, los oscuros del pelo ó el fondo, si su entonación es oscura. Los tonos así obtenidos son bastante suaves, pero se aumenta su vigor y sobre todo su finura aplicando al primer cristal otro que coincida exactamente con él, y en el cual se pinta, por transparencia, aplicándolo sobre el primero, las masas más claras, empleando exclusivamente los colores lacas ó

transparentes como el amarillo indio, azul de Prusia, verde vegetal, rosa, etc., etc.

Cuando el trabajo está terminado y bien seco, se juntan



por los bordes los cristales por medio de tiritas de papel fuertemente engomado y se coloca el todo en un marco.

Este procedimiento de pintar permite á los aficionados que no tienen nociones de dibujo, iluminar fotografías con toda la finura y esmalte de miniaturas verdaderas.

JULIÁN.

Solución á la charada anterior:

MER-CE-DES

SALTO DE CABALLO

pa	cha	lir	pe					a	ga	de	va
á	es	te	mu	sa	ra	so	dru	pri	sal	lar	dor
gen	ra		mi	to	ma	sa	ce	con		mas	gran
lo	de		ba	na	chis	ra				é	de
ba	la		li	tran					el	con	
ter	cir	sa	es	ci	pri	ó	e	m	di		
No	al	en	me	del	pu	pa	tar	rer	que		
la	de		lle	ba				jo	do		
chó	el		al	ra	cla	de			que	go	
mi	el		Tar	go	en	go	to	gó	e	No	ga
per	gan	ri	su	al	vo	lle	un	he	cier	ri	al
clé	sa	rom	en					clé	y	lle	A

Principia en la casilla 1.<sup>a</sup> y termina en la 10S.

ANGEL SUERO, de Sevilla.

## BIBLIOTECA CONSULTIVA DEL MÉDICO PRÁCTICO

COLECCIÓN DE OBRAS ESCOGIDAS

DIRECTOR:

Dr. J. Corominas y Sabater

Obras publicadas y en venta

La Terapéutica antiséptica, por el Dr. Trouessart.  
Tratamiento de la fiebre tifoidea, por el Dr. Jahel Rénoy.

En prensa

Patogenia y tratamiento de las nefritis y del mal de Bright, por el Dr. Labadie-Lagrave.  
Neurastenia, por el Dr. A. Mathieu.

En preparación

Tratamiento de la tisis pulmonar, por el Dr. G. Darenberg; 2 tomos.  
De la esterilidad en la mujer y su tratamiento, por el Dr. de Sinety.  
La Difteria, por el Dr. H. Bourges.  
La Bronco-pneumonia, por el Dr. E. Mosay.  
Úlcera del estómago, por los Dres. G. M. Debove y J. Renault.

La BIBLIOTECA CONSULTIVA DEL MÉDICO PRÁCTICO se publica por tomos de 200 á 300 páginas, en 8.º, apareciendo un tomo cada mes, al precio de 3.50 pesetas en rústica, y 5 pesetas con piel negra, flexible, canto superior dorado y rótulo de la misma clase.

## Gran sastrería de A. Medina

BARRA DE FERRO, 8, 3.º

BARCELONÁ

— Constante surtido de géneros del país y extranjeros —

CASA DE ENTERA CONFIANZA

NOTA IMPORTANTE. — Con un pequeño aviso por correo se pasa á domicilio á tomar medida

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



# WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCION

funcionando sin ruido

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR  
AL CONTADO Y Á PLAZOS

— 18 bis, AVINÓ, 18 bis. — BARCELONA —

## MONASTERIO RESIDENCIA DE PIEDRA

AGUAS MINERALES DE LA PENA

eficaces para el Hígado, Anemia, Nervosismo, Dispepsia, etc.

NATURALEZA ESPLÉNDIDA

12 grandes cascadas. Grutas. Ambiente seco. Temperatura primaveral en el rigor del verano. SANATORIUM

TEMPORADA: DEL 15 DE MAYO AL 15 DE OCTUBRE  
HOSPEDERÍA Y FONDA — BUENA MESA — PRECIOS ECONÓMICOS

Para más informes dirigirse al Administrador del Establecimiento de PIEDRA (por Alhama de Aragón)

## SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veraacruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.

Esta importante obra forma un magnífico tomo de 388 páginas en 4.º, impreso con papel superior y tipos claros y no obstante sus recomendables cualidades se vende al ínfimo precio de 30 reales.

EXAMEN DE LA PUREZA DE LOS REACTIVOS QUÍMICOS

Dr. O. KERNICH



Limpiaos la Sangre con la Zarpaparrilla del Dr. Ayer, que es el alterante de más confianza que jamás se haya compuesto. Para la escrófula, diviesos, úlceras, llagas, carbuncos, granos y todos los desarreglos provenientes de sangre viciada, esta medicina no tiene rival. Como tónico la

### Zarpaparrilla del Dr. Ayer

ayuda á la digestion, estimula el hígado, refuerza los nervios y vigoriza el cuerpo cuando se halla debilitado por fatiga ó enfermedades. Mucha gente malgasta el dinero probando compuestos cuya principal recomendacion parece ser su "baratura." Las medicinas excelentes y de confianza no pueden obtenerse á bajos precios; y sólo se venden al pormenor á un precio moderado, cuando el químico fabricante se proporciona las materias primas en grandes cantidades. Es por consiguiente una economia el tomar la Zarpaparrilla del Dr. Ayer, cuyos valiosos componentes se importan en grande escala de las regiones en donde esos artículos son más ricos en propiedades medicinales.

Preparada por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E.U.A. La venden los Farmacéuticos y Traficantes en Medicinas.

Ha curado á otros, le curará á usted.